

JUAN TALLÓN

Libros peligrosos

LAROUSSE

dirección editorial
Jordi INDURÁIN PONS

edición
Carlos DOTRES PELAZ

interiores, maqueta y preimpresión
Enric MIR y Marisa UJJA

corrección
Maribel ARRABAL y Miguel VÁNDOR

cubierta
Víctor GOMOLLÓN

© Juan TALLÓN
Autor representado por Agencia Literaria Letras Propias
© LAROUSSE EDITORIAL, S. L.
Mallorca 45, 2ª planta
08029 Barcelona
teléfono: 93 241 35 05 fax: 93 241 35 07
larousse@larousse.es www.larousse.es

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes plagieren, reprodujeren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte y en cualquier tipo de soporte o a través de cualquier medio, una obra literaria, artística o científica sin la preceptiva autorización.

El editor garantiza que ha realizado todos los esfuerzos posibles para que la reproducción de las marcas comerciales y de material sujeto a copyright en la obra fuera autorizada por sus titulares. En los casos en que estos no hubieran podido ser localizados, el editor quedaría exento de responsabilidad. No obstante, para cualquier rectificación rogamos se dirijan a la dirección de correo electrónico que consta en esta página.

Primera edición: 2014
ISBN: 978-84-16124-45-9
Depósito legal: B-18378-2014
1E11

Sumario

- 9 Bandoleros, de João GILBERTO NOLL
14 Viaje al fin de la noche, de Louis-Ferdinand CÉLINE
16 El desierto de los tártaros, de Dino BUZZATI
18 Acerca de la naturaleza, de PARMÉNIDES
19 Pedro Páramo, de Juan RULFO
20 Mientras agonizo, de William FAULKNER
22 Diarios, de Alejandra PIZARNIK
24 Las armas secretas, de Julio CORTÁZAR
26 Cecil Taylor, de César AIRA
28 El gran Gatsby, de Francis Scott FITZGERALD
30 Trilogía USA, de John DOS PASSOS
32 La vida instrucciones de uso, de Georges PEREC
35 Bouvard y Pécuchet, de Gustave FLAUBERT
38 El halcón maltés, de Dashiell HAMMETT
40 El extranjero, de Albert CAMUS
43 Cuentos reunidos 1 y 2, de Roberto FONTANARROSA
45 El mejor de los mundos, de Quim MONZÓ
47 El temor del cielo, de Fleur JAEGGY
49 Jakob von Gunten, de Robert WALSER
52 Bartleby y compañía, de Enrique VILA-MATAS
55 Cuentos, de Ernest HEMINGWAY
58 Ficciones, de Jorge Luis BORGES
62 Crímenes ejemplares, de Max AUB
65 Extraños en un tren, de Patricia HIGHSMITH
69 Crimen y castigo, de Fiódor DOSTOIEVSKI
72 La señora Dalloway, de Virginia WOOLF
74 El amante de lady Chatterley, de D. H. LAWRENCE
76 La mujer de tu prójimo, de Gay TALESE
80 Discurso del método, de René DESCARTES
83 Caja de herramientas, de Fabio MORÁBITO
86 Vive o muere, de Anne SEXTON
88 Diarios, de John CHEEVER
91 Catedral, de Raymond CARVER
95 No hay bestia tan feroz, de Edward BUNKER
98 El Coronel Chabert, de Honoré DE BALZAC

- 100 El oficio de vivir, de Cesare PAVESE
101 Léxico familiar, de Natalia GINZBURG
104 Pregúntale al polvo, de John FANTE
107 El guardián entre el centeno, de J. D. SALINGER
110 Conversación en La Catedral, de Mario VARGAS
LLOSA
113 El astillero, de Juan Carlos ONETTI
115 El proceso, de Franz KAFKA
116 Ángeles derrotados, de Denis JOHNSON
118 Dog Soldiers, de Robert STONE
121 Compañía K, de William MARCH
124 Las muertas, de Jorge IBARGÜENGOITIA
126 En busca del tiempo perdido, de Marcel PROUST
129 Juicio universal, de Giovanni PAPINI
132 Dinero, de Martin AMIS
135 American Psycho, de Bret Easton ELLIS
137 La novela luminosa, de Mario LEVRERO
140 2666, de Roberto BOLAÑO
144 La pasión según G. H., de Clarice LISPECTOR
147 La noche que llegué al Café Gijón, de Francisco
UMBRAL
150 Últimas tardes con Teresa, de Juan MARSÉ
152 El día del Watusi, de Francisco CASAVELLA
154 Submundo, de Don DELILLO
158 Correr, de Jean ECHENOZ
161 Movimiento perpetuo, de Augusto MONTERROSO
163 Madrid, 1921. Un dietario, de Josep PLA
166 La tentación del fracaso, de Julio Ramón RIBEYRO
168 Tres historias europeas, de Lolita BOSCH
170 A esmorga, de Eduardo BLANCO AMOR
174 Trilce, de César VALLEJO
176 Muntaner, 38, de José Antonio GARRIGA VELA
179 Las confesiones, de Jean-Jacques ROUSSEAU
182 El mal de Portnoy, de Philip ROTH
185 Crítica de la razón pura, de Immanuel KANT
189 Diarios, de Iñaki URIARTE
191 Una vida de Pierre Menard, de Michel LAFON

194	Monsieur Teste, de Paul VALÉRY
196	Blonde, de Joyce Carol OATES
199	Jerusalén, de Gonçalo M. TAVARES
201	La conciencia de Zeno, de Italo SVEVO
204	El hombre sin atributos, de Robert MUSIL
208	Los domingos de Jean Dézert, de Jean DE LA VILLE DE MIRMONT
210	Ejercicios de estilo, de Raymond QUENEAU
212	Mi Nueva York, de Brendan BEHAN
215	La conjura de los necios, de John Kennedy TOOLE
217	Bella del Señor, de Albert COHEN
220	Crash, de J. G. BALLARD
223	Casi invisible, de Mark STRAND
225	El legado de Humboldt, de Saul BELLOW
227	El Día de la Independencia, de Richard FORD
229	Pájaros de América, de Lorrie MOORE
232	Los otros caminos, de Álvaro CUNQUEIRO
234	Tractatus logico-philosophicus, de Ludwig WITTGENSTEIN
236	Cuadernos, de Emil CIORAN
238	Respiración artificial, de Ricardo PIGLIA
241	Momentos estelares de la humanidad, de Stefan ZWEIG
244	El estilo del mundo, de Vicente VERDÚ
246	Quemar los días, de James SALTER
248	La ruina del cielo, de Luis Mateo Díez
249	Verdes valles, colinas rojas, de Ramiro PINILLA
252	Crónica de una muerte anunciada, de Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ
254	La conquista del aire, de Belén GOPEGUI
256	La trilogía de Nueva York, de Paul AUSTER
259	Desgracia, de J. M. COETZEE
261	Velocidad de los jardines, de Eloy TIZÓN
263	Algo supuestamente divertido que nunca volveré a hacer, de David Foster WALLACE
266	índice
I-XVI	álbum personal

Cuando escuché a César Aira hablar de João Gilberto Noll, yo ni siquiera sabía que existía Gilberto Noll, aunque creo que habría dado un brazo, o una manga, por llamarme Noll. Incluso Gilberto, a secas. Sonaba bien, como esas bolas del árbol de Navidad cuando caen al suelo y se rompen. Es una desgracia, pero qué música. A veces un sonido lo es todo. Debe de ser difícil ser un mal escritor, o un mal saxofonista, incluso un mal ayudante de albañilería, con un apellido de esa elegancia. Noll. Aira dejó en el aire, como si la hubiese estado fumando, una de esas frases que tardan un tiempo en disiparse y que, cuando se disipan, aún dejan su olor: «Es el mejor escritor del mundo». ¡Bah!, pensé, se trata solo de una frase, igual que si dijeras «me duele una rodilla, creo que va a llover». El mundo estaba lleno de enunciados así, redondos y luminosos, como letreros de neón, pero después ni siquiera llovizna.

Me quedó mal cuerpo por la constatación inesperada de mi ignorancia. No sabía quién era Noll. También me quedé a disgusto porque cuando alguien emplea el concepto «el mejor del mundo» siempre consigue desconcertarme. Lo mejor, digamos, me pone nervioso, como la gente que nunca bebe, o que presume de ser coherente. Tal vez solo sea otra frase ficticia, inservible y ociosa, pero consigue impresionarme. Conspira a favor de que solo es un artificio una bella anécdota de Jorge Amado, que en cierta ocasión arribó a una feria del libro y reparó en un gran cartel que decía: «Jorge Amado, el mejor escritor de Brasil». Se sintió halagado, feliz, y emprendió un paseo por la feria. Un poco más adelante, sin embargo, distinguió otro gran cartel que decía: «Guimarães Rosa, el mejor escritor de Brasil». Amado se sintió entonces contrariado, pero tuvo humor para comentar, cuando se encontró con el primer conocido, que «durante cien metros» había sido el mejor escritor de Brasil.

No existe el mejor escritor. Ni el mejor saxofonista. Ni el mejor ayudante de albañilería. Ni siquiera existe el mejor libro. Ni existen los cien mejores libros. Me temo que tampoco los mil mejores libros. Esas cifras solo denotan una pasión injustificada, casi insana, por los números redondos, como cuando declaras que, si llegas a los ochenta años, con todo lo que has bebido, te gustaría que...

Me temo que la gloria de verse reflejado en un catálogo que recogiese los mejores libros apenas duraría cien metros. Nunca tarda

en aparecer otro catálogo en el que nadie se acuerda de ti. Ni siquiera eres vilipendiado. Pero las listas redondas y, en el fondo, totalmente imperfectas son una obsesión especialmente humana. Recuerdo el día que murió Leonor Acevedo Borges. Hacía sol, o llovía. Esas cosas nunca se recuerdan bien. Una vecina, durante el velorio, se acercó al hijo de la difunta y le susurró: «Pobre Leonor, morir así, tan poquito antes de cumplir los cien años. Si hubiese esperado un poco más...». Borges, que no creía en las listas, a menos que fuesen infinitas, respondió: «Veo, señora, que es usted devota del sistema decimal». Naturalmente, ni la literatura, ni la albañilería, ni la música, ni nada, resistiría el paso del tiempo si no estuviésemos elaborando listas a todas horas. Respiramos por la lista. Nos mantiene a flote, incluso nos ahorra el dolor de olvidarnos de regresar a casa sin la barra de pan. En el caso de la literatura, evita que su compleja densidad se desparrame en un gran caos, aunque espléndido, y permite, cuando alguien te pregunte por tus libros favoritos, salir del atolladero citando veinte de golpe, como si fueran los ríos de España.

Los números perfectos, como cien, o mil, o un millón, a menos que hablemos de dólares, y no de libros, solo son un bello vallado en el que encerrar unos cuantos títulos, para que no huyan. Pero nunca podrás encerrar lo mejor, porque lo mejor es libre, gaseoso, invisible, no se deja agarrar. No cabe en un espacio cerrado. Esos números pulidos y suaves representan cierto gusto, digamos, por el sistema decimal, por los cantos rodados y, en el fondo, por las puertas cerradas. Nada más perturbador, si eres lo bastante obstinado, que una puerta medio abierta, por la que puedan escaparse algunas ideas que considerabas firmes. Si vas a amurallar un libro, y meter dentro otros cien libros, no persigas los mejores, sino los que te apetece en ese momento. Unos serán buenos, otros no tanto. En otro momento, tal vez elijas otros. Ni siquiera pienses de entrada qué cien libros serán esos. Descúbrelos paulatinamente. Inventa sobre la marcha, descartando el plan previsto. Cuando tienes un plan es importante salirte de él, como sea. Nunca se me olvida el relato que Robert Stone hace de sus inicios en el periodismo. Son inspiradores. Hablan de lo importante que es buscar salidas de emergencia. Situado a escasos metros del edificio Flatiron, en Nueva York, el *National Thunder*, en el que empezó a hacer periodismo Robert Stone, pertenecía a una cadena de imi-

tación de revistas y periódicos conocida como Universal News. Se trataba de imitaciones tanto en cuanto sus cabeceras y sus maquetas de portada se parecían mucho a las de publicaciones más famosas. Los contenidos eran pura basura.

«La estrategia de Universal News —confesaba Stone— se basaba en la esperanza de que el público se confundiera y comprara sus periódicos por equivocación». La especialidad del escritor estadounidense eran los titulares. En una ocasión, preparaba una portada con una cabeza herida de bala de una vampiresa muerta, aprovechando la foto fija de una antigua película de terror. Pero se produjo un accidente en el proceso y la tinta lo cubrió todo. «El tiempo se acababa, las matrices tenían que salir hacia la imprenta, y nuestra foto de portada parecía una joven actriz con pinta de estar sufriendo mucho. En blanco y negro, la tinta parecía sangre». Inspirado por el deseo de cobrar su cheque el viernes, Stone encontró un nuevo titular para acompañar la foto: «Dentista loco arranca lengua a chica». Encajaba al milímetro. Faltaba redactar la historia, para lo que improvisó nombres y buscó un pueblo que no existiese en ningún mapa en el que situar los hechos inventados.

Nunca diríamos que Stone hizo el mejor periodismo posible. En realidad, ni siquiera hizo periodismo. Hizo, digamos, lo que le dio la gana, siguiendo el olor de la literatura, improvisadamente, sin saber si perseguía la pista buena. Bueno, la literatura también significa un cierto instinto. Basta que te prometa algo, aunque después no se cumpla. Tú la persigues, y eso ya es bastante. No sabes si es lo mejor. Tampoco es el tipo de cosas que quieras saber. Porque, ¿qué es lo mejor? En ocasiones, no podemos ni llegar a un acuerdo en cosas tan pequeñas, aunque cruciales, como si ese verso de las *Soledades*, de Góngora («En campos de zafiro paces estrellas»), es una de las metáforas más deslumbrantes de la lengua castellana, como creía Cernuda, o una mera grosería, como sostenía Borges.

Es admisible que todo autor sueñe con ser el mejor escritor posible, y asumir ese coste. El precio de tener una buena obra a veces es tener también una vida de mierda, llena de defectos, vicios, frustraciones. Todo el mundo busca hacer algo grande. Grande, a veces, acaba en pequeño, pero eso es un efecto posterior. Aún puedo escuchar las palabras palpitantes y sudorosas de Mike Tyson, cuando

se reía de los aspirantes al título mundial de los pesos pesados. «Todo el mundo tiene un plan, hasta que le das la primera hostia», decía, haciendo un uso lúcido del «hasta que», para restar empuje a las ambiciones rivales. Hay que digerir la frustración con oficio, como si solo fuesen cerezas cuyo hueso vas escupiendo, para curarte. La vida sería algo demasiado feliz y triste sin fracasos y finales inesperados. Al principio, y esto es lo que importa, vamos en la búsqueda de lo nunca visto. Yo siento escalofríos cada vez que recuerdo cuando William Faulkner decía que el escritor «no deberá tener ningún escrúpulo y, de ser necesario, arrojará todo por la borda: honor, orgullo, decencia, seguridad, felicidad y, si tiene que robar a su madre, no dudará en hacerlo [...]. Su única responsabilidad es con su arte». Pero, en cierto sentido, era una buena actitud para llegar a ser el mejor, sin dejar de ser un imbécil.

Hace un tiempo, José Martí Gómez me preguntó delante de cincuenta personas, por redondear, si los escritores éramos todos gilipollas. Ni siquiera dijo «casi todos», para salvarme. Me cogió en calzoncillos, y me derrumbé entre la multitud. Confesé que, si no todos, al menos en mi caso se podía afirmar que sí. Lo era. En cierto sentido, es importante ser un poco gilipollas y creerse el mejor escritor del mundo, aunque esa categoría no exista. Necesitas, muchas veces, perseguir sombras para llegar a algún lugar. Esa fe y constancia en tus sueños puede ayudarte a alcanzar los puestos del medio. No es poco.

José Ferrater Mora sostenía que un escritor «está condenado, lo sabemos todos, a caer un poco más debajo de su meta. Por ejemplo, si yo pretendo ser Musil y caigo un poco más abajo, pues ya es bastante más arriba. Pero si pretende ser como un autor de cuarta fila...». Conviene pensar que a veces un libro no tiene que ser una obra maestra, ni siquiera un buen libro, en términos generales, para ser un libro importante en tu vida. Basta que te coja en calzoncillos, por sorpresa, y que te doblegue, pues estás indefenso. Eso ya es muchísimo. En una vieja entrevista, en un canal peruano, César Aira recomendaba a quienes se esforzaban por hacerse un hueco en la literatura algo tan extraño como sugerente: «No se esfuerzen por ser buenos, por escribir bien, porque buenos escritores ya hay demasiados. No alcanzaría una vida para leer todos los buenos libros

que se han escrito. Lo que queremos es algo nuevo, distinto. Por lo menos le van a dar al mundo algo que antes no tenía». Me quedé con la idea, y en cuanto tuve ocasión acudí a una librería a comprar el primer libro de João Gilberto Noll que encontrase.

Hay un tipo de autor del que no deseas saber nada antes de empezar a leerlo. Salvo si está vivo o muerto, para sentir pena de que no pueda seguir escribiendo cosas tan buenas, si finalmente la impresión es favorable. Cualquier lector disfruta de vez en cuando saltando a la piscina con los ojos cerrados, sin comprobar antes si hay agua, aunque confiando en que sí. A ver. Esa clase de ignorancia mantiene a cubierto tu ingenuidad, un tesoro casi desaparecido, en un mundo en el que la gente sabe incluso que Martin Amis se dejó una millonada poniéndose unos dientes nuevos. Pocas explosiones tan bellas como la que produce una obra genial de un autor que desconocías. Solo sabes, y no necesitas saber más, que entregarías una manga, incluso un brazo, por escribir como él. Yo elegí **Bandoleros** para debutar. Cuando comienzas a leer a João Gilberto Noll adviertes que pertenece a esa clase de artistas empujados por demonios, que pronto te perseguirán a ti. No hay más que ver el modo de arrancar. «João está frente a mí. Pálido... Parece agarrar algo en el aire y sonrío. Le toco el brazo, cae la noche, y le digo que ahora tiene que ir a dormir. Cuando cubro a João con la sábana, solo hasta la cintura porque el verano está terrible en Porto Alegre; cuando cubro a João veo que se está yendo. Llevo a João en brazos hasta el auto y minutos después moriría, dentro del auto. En medio de un embotellamiento». Apenas tocas su prosa vagamente, como haces con el agua antes de sumergirte, si la temperatura es razonable, sientes aquello que Borges atribuía a la lectura de las novelas de William Faulkner: «No sabemos lo que pasa, pero intuimos que pasa algo terrible». El narrador, en el papel de un escritor fracasado, es alguien que, de pronto, experimenta la «necesidad loca de salir». Esta urgencia del viaje, acuciante, no es menos mental que física, y en el fondo representa una variante de la huida, tema universal y amado. En las modalidades inauditas de huida, está esa en la que huyes de ti mismo, sin conocer bien las razones. El caso es huir. La necesidad loca de salir. Todo comienza a desencajar. Avanzas, retrocedes, avanzas. Lluve, hace un calor insoportable, nieva. Estás en

Porto Alegre, estás en Boston, no estás en ningún sitio. La boca dice esto, un bíceps hace aquello, la mano lo otro, dislocadamente. La fragmentación y simultaneidad de episodios y espacios te quiebra. Todo está en trocitos. Se vaticina la desintegración, mientras suena la música de Dylan, de Caetano Veloso o de Willie Nelson. Esa es la marca de Gilberto Noll: el individuo en pedazos, camino de romperse en pedazos aún más pequeños.

La realidad se va disolviendo lentamente y en silencio, y los personajes, que eran alguien, que tenían un nombre, se funden, como en una forja, pierden su identidad, hasta volverse un elemento viscoso. Pasan cosas que eres incapaz de entender. Falta el aire. Todo es horrible. Violencia, sexo, pobreza. Cuando despiertas de la novela, y la

Bandoleros

João Gilberto Noll (1946)

1.^a edición: Nova Fronteira, 1985

Género: narrativa

cierras, notas que esa angustia tuya es parecida a la que antes te había contagiado Céline, donde las cosas suceden en la cabeza del personaje central, sin salida al exterior.

Esa sensación te es familiar, sin dejar de resultarte remota, como en *Alma en suplicio* (1945), película de Michael Curtiz, cuando le preguntan a Joan Crawford si «conoce a ese tipo», y ella responde: «Sí, estuvimos casados una vez». En cierto sentido, algo de lo que destila *Bandoleros* antes lo habías experimentado en *Viaje al fin de la noche*, de Louis-Ferdinand Céline. Céline te enseña un par de cosas sobre el ser humano que ya sabías, pero que te gusta olvidar. La verdad, después de todo, es difícil. A poco que uno sea pesimista, y crea que el mundo está en demolición desde el primer día, disfrutará con prosa tan amarga. Y tan rítmica. Y tan viva. Y tan violenta. Y tan grosera. Y tan poética. Y tan crápula. Y tan quebradiza. Hay frases de Céline que podrían romperte un brazo, por torsión, como si te hiciesen una llave, hasta que sientes el crac. El largo viaje de Ferdinand Bardamu por las trincheras de la I Guerra Mundial, las colonias francesas, Nueva York, Detroit, y finalmente París, le permite completar un hermoso y atroz mapa sobre la miseria humana, que se resume en que «los hombres se aferran a sus cochinos recuerdos, a todas sus desgracias, y no se les puede sacar de ahí. Con eso ocupan el alma. Se vengan de la injusticia de su presente revolviendo en su

interior la mierda del porvenir. Justos y cobardes que son todos, en el fondo. Es su naturaleza». Este tipo de diagnósticos pueden dejarte para el arrastre. A menos que los compartas, como me pasa a mí. Al fin y al cabo, vengo de la escuela onettiana. Yo también me quedaría en la cama todo el día, en pantalón y camisa, leyendo novelas policíacas. Carr, el narrador de *Cuando ya no importe*, enuncia al final de la novela un pensamiento que sobrevuela toda la literatura de Onetti, y que la une con Céline: «Cuando me presentan a alguien me basta saber que es un ser humano para estar seguro de que peor cosa no puede ser».

Pocas obras, si eres un tipejo cínico y nihilista, o cuando menos te gustaría parecerlo, te harán tan feliz como este friso sobre la infelicidad total. Hay un diálogo, entre muchos, que casi te hace desear tener hijos, si es que no los tienes, y repetírselo por las noches, para que nunca deseen tener hijos: «Acaban de matar al sargento Barousse, mi coronel», dijo de un tirón. «¿Y qué más?». «Lo han matado cuando iba a buscar el furgón del pan, en la carretera de Etrapes, mi coronel». «¿Y qué más?». «¡Lo ha reventado un obús!». «¿Y qué más, hostias?». «Nada más, mi coronel...». «¿Eso es todo?». «Sí, eso es todo, mi coronel». «¿Y el pan?», preguntó el coronel».

Viaje al fin de la noche

Louis-Ferdinand Céline (1894-1961)

1.ª edición: Denöel et Steele, 1932

Género: narrativa

A veces la humanidad cabe en una pregunta, si es suficientemente breve e indirecta. Es bueno que, quien sepa hacerla, la formule en voz alta, como un padrenuestro. Todos necesitamos, a diario, una ducha fría. Al margen de una ducha caliente. El papa Inocencio IX encargó un cuadro en el que aparecía en su lecho de muerte y que contemplaba siempre que debía adoptar alguna decisión importante. El cuadro era su ducha fría, su pregunta perfecta. Lo ponía en su sitio. Nosotros tenemos a Céline, que nos pone ante el espejo. Naturalmente, no siempre, ni todos, nos reconocemos en un retrato así. Tal vez no hayamos acumulado suficiente amargura. Céline, sin embargo, tenía suficiente esperanza en el ser humano como para creer que, antes o después, defrauda siempre. Picasso lo exponía de otro modo, distinto, pero idéntico, cuando entregó al hermano

de Gertrude Stein el retrato que había hecho de la aristócrata. Leo Stein fue franco y le advirtió al pintor: «No le va a gustar. No se parece en absoluto». Gertrude aparecía reflejada bajo cierto aire masculino, sin expresión, como una máscara. La respuesta de Picasso no se hizo esperar: «No se preocupe. Ya se parecerá». Era cuestión de tiempo.

En la vida, por momentos, solo se trata de esperar, de dejar que el tiempo pase en silencio y aburridamente, como si pretendiésemos sentir sus palpitaciones, apenas apoyando un vaso del revés contra una pared. No todo el mundo vale para esperar, claro. En realidad, casi nadie vale para algo así. Cuando conoces a alguien que sí, te aferras a su ejemplo, pues su compañía te dará sombra en las horas más desesperadas. Yo me crucé con ese tipo de individuo en *El desierto de los tártaros*, de Dino Buzzati. En cuanto tengo ocasión, cito su caso, aunque sea en mitad de una boda. Hace años, hacia el final de un banquete, con los novios y los invitados borrachos, la novia me confesó algunas dudas sobre el futuro que rumiaba en sus soledades, como si se tratase de hierba. «¿A qué esperas para divorciarte?», le sugerí, sin miedo a la muerte. «Hay tiempo», alegó, haciendo una suposición. Torcí el gesto, como cuando todo va bien y sospechas que esa felicidad acabe pasándote factura más adelante. Ni siquiera en un futuro lejano, pues es posible que para entonces estés muerto, sino mañana o pasado. Si dejaba pasar las semanas, o los años, tal vez para entonces fuese demasiado tarde. ¿Y si, pasado todo ese tiempo, se enamoraba?, me preguntó, proponiendo más suposiciones. Todo sería más traumático en esas condiciones. Por otra parte, tengo la teoría de que el futuro siempre es ese lugar en el que estás muerto. Lo dejé correr, y en los terceros chupitos, de la segunda tanda, le hablé a la novia de la novela de Buzzati. Giovanni Drogo se licencia en la academia militar y emprende viaje a su primer destino, la Fortaleza Bastiani, fronteriza con el desierto de los tártaros, pueblo enemigo del norte, de los que hace años no se tienen noticias, pero que se supone que, en cualquier momento, pueden atacar. Son la posibilidad eternamente aplazada, aunque siempre a punto de cernirse.

En el primer momento, ante una inmensidad incontrolable, solitaria, olvidada como Bastiani, Drogo se siente descorazonado. Lo

alienta que su estancia será breve. Está decidido a solicitar su traslado, aunque sus superiores lo convencen para que se quede cuatro meses, acumule méritos y así obtenga un buen destino. Drogo, que cuenta los días, empieza poco a poco a experimentar una extraña atracción por la fortaleza. Casi sin darse cuenta, experimenta placer con las rutinas, la posibilidad de glorias futuras. Los hábitos lo atrapan, y en la renuncia a los placeres de la vida encuentra su oasis de felicidad. Se convence de que el enemigo aparecerá algún día, y todo será heroico, atroz y bello, como en la Historia. Solo hay que esperar. Aunque la novela carece de referentes temporales, no son necesarios. Drogo se hace viejo esperando. Pero no merma su convicción: los tártaros vendrán. Vendrán, seguro. Segurísimo. Ojalá hubiese otras cosas igual de seguras. Todos menos él saben que los tártaros no aparecerán. Un día su salud empeora y se ve recluso en su habitación. Condenado a la cama, oye movimiento en la fortaleza. Al parecer, el enemigo se acerca. Son los malditos tártaros. Finalmente, habrá guerra. Quién lo diría. Giovanni no puede creer que los enemigos sean tan inoportunos. Ni hecho a conciencia. Si hubiesen atacado una semana antes, él habría dirigido las operaciones contra ellos, se lamenta. Pero Drogo es fuerte y acomoda su frustración a la vida. Incluso cuando llegue la muerte, sabrá encarar el momento. Buzzati narra ese instante lleno de dignidad así: «Haciendo fuerza, Giovanni levantó un poco el busto, se arregló con una mano el cuello del uniforme, echó otro vistazo afuera por la ventana, un brevísimo vistazo, para su última ración de estrellas. Después, en la oscuridad, aunque nadie lo viera, sonrió». No me digan.

El desierto de los tártaros

Dino Buzzati (1906-1972)

1.ª edición: Rizzoli, 1940

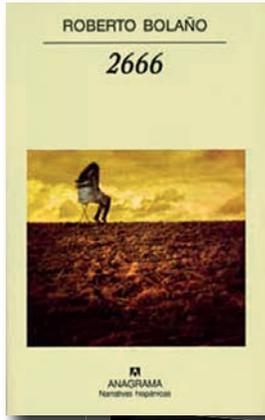
Género: narrativa

En fin, hermosa novela sobre el aplazamiento y la espera, y la infinita divisibilidad del tiempo, siguiendo los ecos de aquella paradoja de Zenón en la que Aquiles deja salir antes a la tortuga, y ya nunca consigue alcanzarla, pues antes debería recorrer la mitad del camino que los separa. Y esa mitad tiene dos mitades. Y estas, otras tantas. Y así hasta el infinito, ya que incluso el mínimo punto, o porción de tiempo, son infinitamente divisibles. Tal vez cueste asumir que Aquiles, con su poderosa zancada, no atrape a una tortuga,

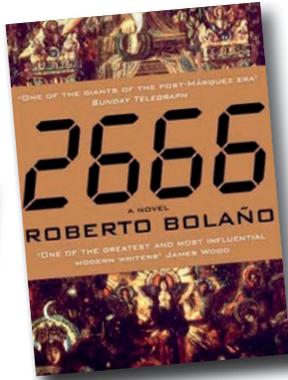
Álbum personal



2666

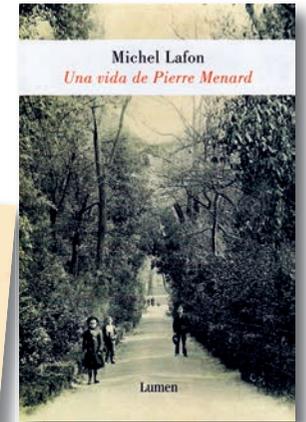


Diversas cubiertas, y retrato del autor. «Bolaño escribió 2666 porque en el fondo no tenía más remedio, acorralado por la necesidad de ser escritor».

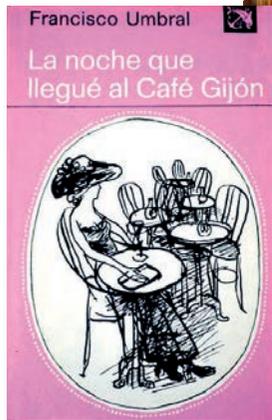


UNA VIDA DE PIERRE MENARD

Edición original en francés, por Gallimard, edición en castellano por Lumen y dedicatoria del autor. «Una vida de Pierre Menard es un libro de una inteligencia que te derrumba en el primer asalto».



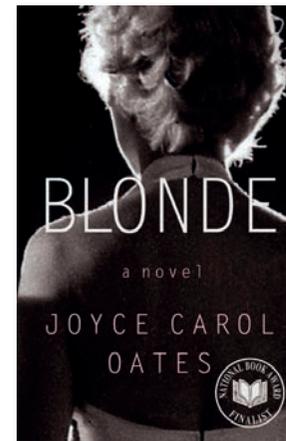
La noche que llegué al Café Gijón



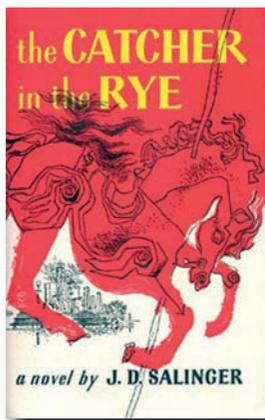
Edición en la colección Áncora y Delfín, de Destino, y fachada e interior del café de Madrid que da nombre al título. «La literatura de Umbral acostumbra a ser una galería con buenas vistas, a través de la que se relata un desfile de personajes sin fin».

BLONDE

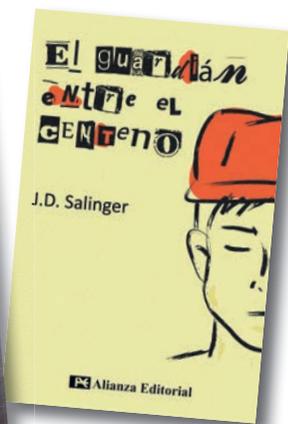
Cubierta de una edición en inglés de la novela biográfica de Joyce Carol Oates sobre Marilyn Monroe. «La novela de Oates es una posesión. Tanto da que conozcamos la vida del mito».



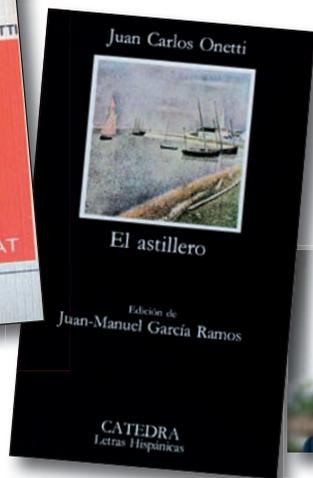
EL GUARDIÁN ENTRE EL CENTENO



Edición del original en inglés por Little, Brown & Co., y dos ediciones de su traducción al castellano por Alianza. «En *El guardián entre el centeno*, te pasas los 26 capítulos haciendo gárgaras con *champagne*, acariciando cada giro, ironía, contradicción, como si la felicidad solo fuese cuestión de unas cuantas frases».



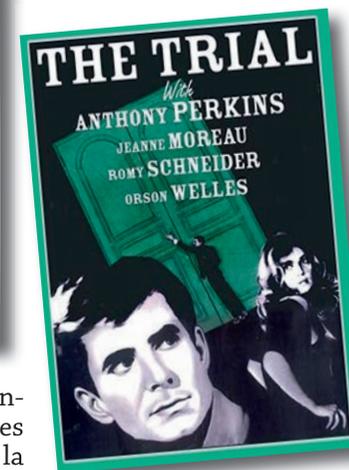
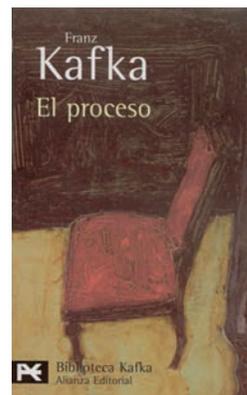
EL ASTILLERO



Cubiertas de ediciones, de Salvat y Cátedra, y retrato del autor. «En *El astillero*, mi novela preferida —aunque no existan novelas así— sobre el fracaso total y su belleza crónica, se hace evidente que el mundo propio de Onetti es ineluctable».



El proceso



Dos ediciones de la traducción, obra de Alianza, y cartel de la película de Orson Welles basada en la novela de Kafka. «No entra en la cabeza una sociedad en la que sea posible detener y ejecutar a una persona sin un motivo conocido. Pero en eso consiste *El proceso*, en hacer posible esa circunstancia».

En busca del tiempo perdido



Dibujo de época de la alta sociedad parisina y diversas ediciones de Alianza del primer volumen traducido. «*En busca del tiempo perdido* es una cosmogonía, y cada uno de sus personajes, a su vez, representa otro universo completo y perfecto».